

SEMANA SANTA
Valladolid

pura maravilla de arte





SEMANA SANTA

Valladolid

pura maravilla de arte

PRESENTACIÓN 3

Excmo. Sr. D. Óscar Puente Santiago.
Alcalde de Valladolid

SALUDA 5

D. Isaías Martínez Iglesias.
Presidente de la Junta de Cofradías
de Semana Santa de Valladolid

GLOSA AL CARTEL DE LA SEMANA SANTA 7

D. Javier Luna.
Periodista Cadena COPE Valladolid

FIGURAS COMPLEMENTARIAS Y EPISÓDICAS EN EL SUBLIME DRAMA DEL GÓLGOTA 10

D. Francisco Mendizábal.
Cronista de Valladolid (1885-1976) †

SEMANA SANTA DE VALLADOLID .. 18

Cardenal D. Ricardo Blázquez Pérez.
Arzobispo Metropolitano de Valladolid

LA SEMANA SANTA EN EL PASADO 27

D. Saturnino Rivera Manescau (1893-1957).
Director del Museo Arqueológico
de Valladolid †

OFICIO DE TINIEBLAS. MÁS ALLÁ DE LA EXPERIENCIA ESTÉTICA DE LA SEMANA SANTA 36

Dña. Paz Altés Melgar.
Editora del Ayuntamiento de Valladolid

Y SONARÁ... ¡EL LLAMADOR! 43

D. Luis Amo Esguevillas.
Periodista

COFRADÍAS Y PASOS 46



Quienes vivimos con intensidad nuestra querida Semana Santa anhelamos con impaciencia la llegada del Viernes de Dolores, cuando tradicionalmente arrancan los desfiles procesionales en nuestra ciudad. Ese sentimiento, tan habitual cuando se aproximan las fechas en las que conmemoramos la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo, adquiere aún más intensidad ahora, tras dos años en los que, a causa de la dañina pandemia, las calles y plazas han quedado huérfanas de la presencia de pasos y cofrades durante esos señalados días.

Tras ese obligado parón, todo parece indicar que, esta vez sí, en 2022 la Semana Santa volverá a brillar plenamente, con el fulgor que la caracteriza, y tornará a ser la semana grande de Valladolid.

La exaltación de la fe, el silencio y el recogimiento, consustanciales a la Semana Santa vallisoletana, se palparán de nuevo al paso de las procesiones, en las que reinarán las magníficas tallas de la imaginería castellana –cuya contemplación aproxima a la piedad, esa virtud que hace al hombre sentirse hijo de Dios– que convierten a Valladolid en un museo al aire libre, en “pura maravilla de arte”, tal como atinadamente sentenció el periodista y poeta Ángel de Pablos Chapado.

Los vallisoletanos tenemos sobradas razones para sentirnos orgullosos de nuestra

Semana Santa, tanto en su vertiente estrictamente religiosa como en la estética, inseparables y complementarias ambas. Y queremos hacerla crecer, para lo cual hemos de darla a conocer a los cuatro vientos. En ese propósito, por ejemplo, se enmarcó la fructífera visita realizada el pasado mes de noviembre por una delegación de nuestra ciudad, que tuvo el honor de encabezar junto al cardenal arzobispo de Valladolid, a Roma y al Vaticano, donde fuimos recibidos por Su Santidad el Papa Francisco, al que tuvimos la ocasión de presentar la Semana Santa vallisoletana.

Valladolid se apresta a vivir su Semana Santa, que se articula en un cumplido programa que, con el esmero que acostumbra, han trazado la Junta de Cofradías de Semana Santa y la veintena de Cofradías y Hermandades de nuestra ciudad, que son las protagonistas esenciales de esas celebraciones y a las que hemos de agradecer sus desvelos para mantener siempre viva y alimentada la llama que alumbrase ese gran tesoro que es la Semana Santa. Participemos activamente vecinos y foráneos de esta magna representación de religiosidad popular, y, al hacerlo, elevemos preces en recuerdo a todas las víctimas causadas por el coronavirus.

**EXCMO. SR. D. ÓSCAR
PUENTE SANTIAGO**
Alcalde de Valladolid



José Raúl Pérez Martín

Es mi deseo, el cual comparto con todos ustedes, que, si Dios quiere y el tiempo lo permite, por fin nos veremos en las calles de nuestra ciudad después de dos años sin poder salir. Todos sabemos que esta Semana Santa será muy especial. No será normal, como la última que celebramos, pero sí diferente, aunque lo que jamás podrá cambiar es la ilusión y la esperanza.

Viviremos la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo y la transmitiremos a nuestros conciudadanos y a todos cuantos nos visiten. La ciudad se convertirá en un “templo vivo” donde mostraremos nuestros “pasos”, nuestra manera de procesionar y el silencio solo roto por el sonido de las marchas procesionales y los murmullos de los rezos de los penitentes y del pueblo fiel congregado.

Valladolid, como ciudad de acogida, recibe con los brazos abiertos a todos aquellos que se acercan a compartir con nosotros estos días tan emotivamente intensos. Y les aseguro que tengo la certeza de que no se irán indiferentes: unos por nuestra espiritualidad al realizar los actos y otros porque, al ver las tallas de nuestros “pasos”, su policromía, su especial composición y su antigüedad, lo sientan como la *Pura Maravilla de Arte* que realmente es.

Que este año sea un sincero homenaje a todos aquellos que se fueron por la pandemia. Que Jesucristo y su Divina Madre, en todas sus advocaciones, los hayan acogido en su seno y a nosotros nos dé su Bendición. Bienvenidos.

D. ISAÍAS MARTÍNEZ

*Presidente de la Junta de Cofradías
de Semana Santa de Valladolid*

SEMANA SANTA 20
pura maravilla de arte
Valladolid 22



GLOSA AL CARTEL DE LA SEMANA SANTA

La Semana Santa de Valladolid es una mirada a la más honda representación de la fe, las artes y la memoria. Cualidades imperecederas, pese a cargar sobre sus hombros cinco siglos de pasión, captadas con maestría por Chema Concellón para su anuncio en este 2.022.

Es Jueves Santo. La noche ha caído temprano en la calle Constitución. De la ciudad apenas se divisa al fondo la torre de la Iglesia de Santiago Apóstol. Pero en las mismas aceras sobre las que hace 800 años se levantara el desaparecido Convento de San Francisco, estrechamente ligado a la Venerable Orden Tercera y a las cofradías de la Vera Cruz y la Sagrada Pasión de Cristo, se agolpan el pueblo fiel, curiosos locales y foráneos. Faltan aún cuatro años para cambiar capirotos por mascarillas.

La fotografía, tomada a la altura de la puerta trasera del Teatro Zorrilla, es el preludio de una Semana Santa sobria, austera, pero también rica en colores, sonidos y matices y, por encima de todo, de incalculable valor humano, histórico y patrimonial.

Un haz de luz irrumpe sobre el "Santísimo Cristo de la Exaltación" por el mismo costado que atravesará con su lanza un soldado romano tras oír pronunciar al Señor la última de sus Siete Palabras en la mañana del Viernes Santo en la Plaza Mayor.

La talla, obra de Francisco Fernández Enríquez y su hijo, Rubén Fernández Parra, en el año 1.999 por encargo de la Cofradía de la Exaltación de la Santa Cruz y Nuestra Señora de los Dolores, pone de relieve la influencia de los imagineros del Barroco, la época de máximo esplendor de la Semana Santa vallisoletana. La huella de los Fernández, De Juni, De Ávila, De Rozas, Solanes o Del Rincón se deja ver en la expresividad de un rostro de facciones duras, tan bello como agonizante de dolor; un cuerpo extenuado por el Calvario; manos y pies ensangrentados por los clavos que sostienen a Cristo al madero. La estampa no puede ser más castellana. Platería enlutada, con crespones negros en cada farol en recuerdo de los hermanos que se han ganado ya un lugar al lado del Padre. Apenas dos cuerdas ayudan en la elevación. La escalera reposa ya sobre el listón central. Y la sangre derramada brota en rosas rojas a los pies de la Cruz. El elemento más sencillo y, a la vez, vertebrador de la Semana de Pasión.

Dos cofrades tiran de la carroza. Su capirote rojo humillado evoca el esfuerzo de los casi 12.000 hombres, mujeres y niños que han recogido el testigo del que es el mayor movimiento asociativo, una herencia que los impulsa cada año a salir a evangelizar a las calles.

Un tercer cofrade, de espaldas, parece dirigir la maniobra del paso e involuntaria-

mente dirige también la mirada del espectador hacia los mismos ojos del “Santísimo Cristo de la Exaltación”. Y es al encontrarse los unos con los del otro cuando se produce el recogimiento. A través de su cámara Chema Concellón ha sabido captar la esencia de la Semana Santa vallisoletana: un diálogo mudo, sobrecogedor, que emociona tanto a los que creen como a los que por primera vez asisten a las escenas de la Pasión del Señor.

Los ferroviarios, como se les conoce a los cofrades de La Exaltación por sus orígenes en la Hermandad Ferroviaria, fundada en los Talleres de la Compañía del Norte, van camino de la Catedral a hacer estación de penitencia tras haberse incorporado al recorrido de la “Procesión de la Amargura de Cristo”. Pero no siempre fue así.

Hay que remontarse al año 1.951. La primera vez que salió esta procesión transcurrió por el barrio de Las Delicias, donde se mantuvo, por deseo expreso del arzobispo Antonio García y García, durante casi medio siglo. Con una salvedad, 1.953. Aquel año las obras en el túnel de Delicias impedían la llegada de las cofradías El Descendimiento y Santo Cristo del Despojo, con sede fuera del barrio. Por lo que se decidió que el cortejo partiera desde la Iglesia de San Andrés, a las ocho y media de la tarde. Se alumbraron, según se recoge en el programa de la época, tres pasos: “La Elevación de la Cruz”, “Nuestra Señora de la Amargura” y “Santísimo Cristo”.

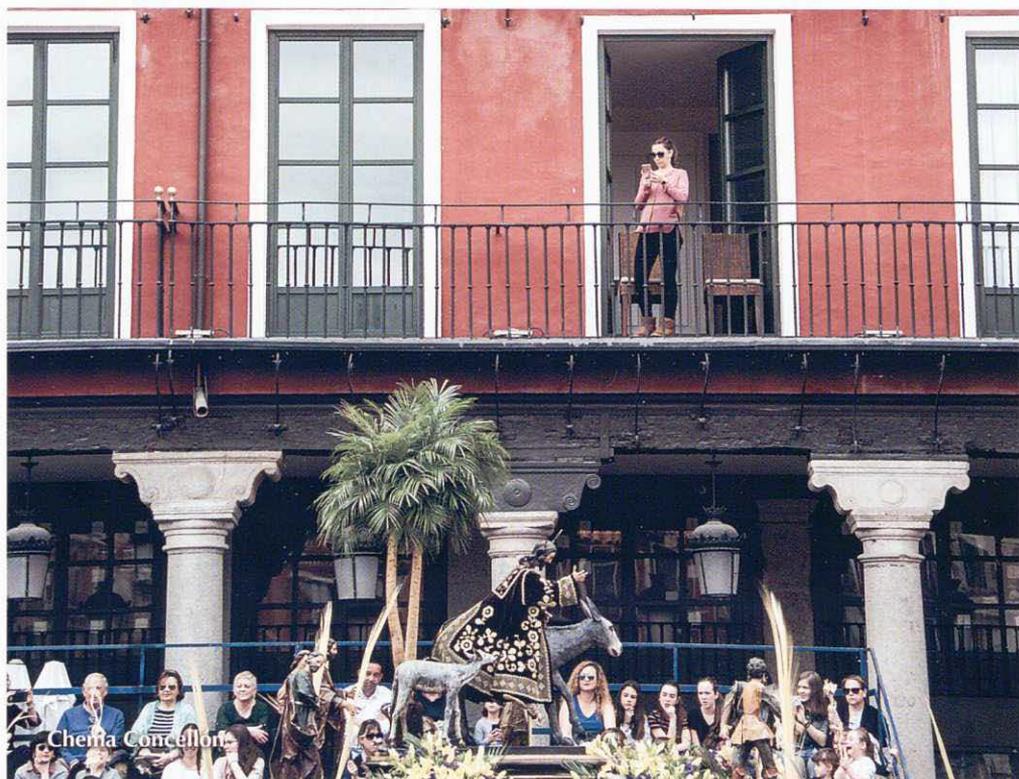
En aquellas cuatro décadas se fue ampliando el cortejo con la incorporación de la Cofradía de la Orden Franciscana Seglar La Santa Cruz Desnuda, Nuestro Padre Jesús Resucitado y María Santísima de la Alegría, La Oración del Huerto y San Pascual Bailón y la Hermandad Penitencial de Nuestro Padre Jesús Atado a la Columna. Aunque, esta última acabaría desligándose de esta procesión. Finalmente, en el año 1.994 se mudó al centro de Valladolid, por donde discurrió por última vez en 2.019.

La Semana Santa de Valladolid, habiendo recibido ya el espaldarazo del Papa Francisco durante su promoción en Roma, se anuncia al mundo con aires de cambio. El COVID-19 obligó a guardar en un cajón el programa aprobado por el Pleno de la Junta de Cofradías en febrero de 2020, dos meses antes de declararse el primer Estado de Alarma.

Dos años después, Dios y nuevas variantes del coronavirus mediante, cinco nuevas procesiones verán la luz en la tarde-noche del Jueves Santo fruto de la disolución *ad experimentum* de la “Procesión de la Amargura de Cristo”. Las cinco cofradías emprenden caminos separados, pero mantienen su estación en la Catedral. Aumentará el trasiego en el centro de la ciudad y, aún más si cabe, la necesaria precisión quirúrgica para que los días centrales de la Semana Santa de Valladolid transcurran con el suficiente empaque. Volverán a secar los cofrades del Resucitado las lágrimas de San Pedro con sus escapularios negros. De verde, los de la Oración compartirán la agonía que debió sentir Jesús en Getsemaní; y de morado, los del Descendimiento, su amargura en el Monte Calvario. Calzados con sandalia marrón desfilarán cofrades franciscanos en humildad y penitencia. Y a Las Delicias devolverán los ferroviarios la luz de Cristo con un farol prendido con las mismas velas que iluminan el Monumento al Santísimo.

Hacía tiempo que no había armonía entre los pasos del cortejo y el título de la “Procesión de la Amargura de Cristo”. Concretamente, desde que la Cofradía Penitencial del Santísimo Cristo Despojado decidiera emprender en 2011 su propio camino y abandonar, también *ad experimentum*, la procesión. Llevándose consigo la imagen de la que tomó su nombre.

Pero no es el único cambio que se anuncia para 2022. La primera gran reforma en 100 años, desde que Monseñor Remigio Gandásegui pusiera los cimientos para convertir a la Semana Santa de



Valladolid en Fiesta de Interés Turístico Internacional, ahonda en la dimensión religiosa, en una mayor correlación entre la liturgia de la Iglesia y el relato que en las calles se hace de la Pasión. Así, al popular *vía crucis* del Viernes de Dolores le precederá el acto de reconciliación ante “Jesús de la Esperanza”, que la Cofradía Penitencial y Sacramental de la Sagrada Cena venía celebrando el Miércoles Santo. A la tarde del Domingo de Ramos se traslada la “Procesión de Amor y Misericordia del Santísimo Cristo de Medinaceli”. Y la “Virgen de la Vera Cruz” recibirá este Sábado Santo el “Ofrecimiento de los Dolores” en la Catedral, en el año previo a su coronación.

Han pasado casi dos años de pandemia. Dos años que no han sido en barbecho. Las cofradías han sembrado para que la ilusión se anteponga al miedo en la que ha de ser la primera Semana Santa pospandemia, apartando su hombro del

varal para ayudar a sostener el sistema sanitario con donaciones que han ayudado a proteger a sus profesionales. Y, cuando afloró la crisis económica, ensanchando hasta límites nunca antes conocidos sus bolsas de caridad.

Autoridades civiles y religiosas, Junta y directivas de las 20 cofradías de Semana Santa de Valladolid, medios de comunicación y pueblo fiel, el cartel anunciador de la Semana Santa de 2022 es una mirada hacia delante, valiente, comprometida, es una invitación al encuentro.

Ojalá que, como el “Santísimo Cristo de la Exaltación”, este año los cofrades no tengan –no tengamos– más límite que el cielo.

Paz y Bien. Muchas gracias. ■

D. JAVIER LUNA

Periodista Cadena COPE Valladolid

FIGURAS COMPLEMENTARIAS Y EPISÓDICAS EN EL SUBLIME DRAMA DEL GÓLGOTA

D. FRANCISCO MENDIZÁBAL

Cronista de Valladolid (1885-1976) †

Artículo publicado en el ABC-Madrid el 24-03-1929

Francisco Mendizábal



Uno de los sucesos más esplendurosos de la vieja corte de España, cuando, en otros tiempos, se asentaba en las riberas del Pisuerga, dando lustre a la ciudad de Valladolid, era el brillante desfile de aquellos cortejos procesionales de Pasión, que atraían de todas partes una concurrencia extraordinaria y daban por unos días a la corte de los Felipes la primacía de lo "singular y único en el mundo".

Así lo decían los viajeros de distintos países, huéspedes de la corte, abismados en el arte de aquellas esculturas y sorprendidos de tanta suntuosidad y magnificencia, siquiera en algunas de sus relaciones, con más envidia que caridad, saltara el picotazo de la burla, o, peor aún, el comentario irreverente, cuando al narrador, tibia su fe, acaso por el huracán de la Reforma, parecíanle absurdos la piedad y el fervor expresados, eso sí, tan a lo vivo, en las calles, públicamente, con aquellos disciplinantes, que, no por cumplir un ensayado papel, sino por reparar sus pecados y sus culpas, se flagelaban sin compasión sus carnes, hasta bañarlas en sangre...

En el cielo de la estatuaría española brillaban por entonces con luz propia los astros de primera magnitud: Berruguete, Juni y Hernández, y estos dos últimos, sobre todo este último, aplicábanse con singular delectación, por su mismo espíritu religioso, a labrar imágenes de Pasión, la mayoría de las cuales fueron el núcleo de aquellos sacros cortejos de la Santa Semana, que antaño ganaron para la vieja capital de Castilla la celebridad, y hogaño, resucitados, después del sueño de los siglos, prèstanla de nuevo el encanto de lo viejo, haciendo posible que un episodio del siglo XVII pueda contemplarse en pleno siglo XX.

Ya conoce el lector, que yo se las mostré en días señalados de Pasión, las más excelsas obras que los áureos cinceles de los maestros de la escuela de escultura castellana labraron: esos Cristos y Dolorosas, encarnación de su arte genial, de su hondo realismo y de su dulce y sentida piedad, esos Cristos y Dolorosas que, por vario y distinto que sea, a través del tiempo, el concepto y el sentimiento estéticos, son y serán obras de eterna belleza.





Pedro J. Muñoz Rojo

Queden hoy al margen esas obras cumbres, y apliquemos nuestra atención unos instantes a estas otras figuras complementarias y episódicas que, en la calidad de los personajes que representan, son interesantísimas para reconstruir íntegramente el divino suceso de nuestra Redención.

Porque es de señalar, y en esto consiste la singularidad artística del cortejo procesional de la antigua corte de España, que Juni y Hernández, especialmente Hernández, al labrar sus imágenes de Pasión, no se propusieron modelar aisladamente las figuras centrales, Jesucristo y la Virgen, para que fueran expuestas en el templo y salieran a las calles a la pública veneración, sino que aspiraron y lograron reconstituir en toda su grandiosidad, y sin olvidar detalle, el sublime drama del Gólgota.

Fácil es de comprender ahora el interés que han de tener y tienen todos estos personajes que entran en las distintas escenas de la acción: la Verónica, el Cirineo, el bueno y el mal ladrón, María Magdalena, María Salomé, Nicodemus, los soldados,

los sayones, los esbirros en toda su terrible gama de perfidia y crueldad, enraizados en cada uno de ellos un vicio o un estigma: el alcoholismo, la sensualidad, la avaricia, el rencor, la envidia.

Asistamos al desfile. Ved en primer lugar a la Verónica y al Cirineo. De las manos de Hernández salieron cinceladas las dos figuras. Indubitables son, documentalmente, del maestro.

El espíritu del artista atisba la psicología de ambos personajes y la refleja en sus estatuas. En la de Berenice, o Verónica, campean esa caridad y compasión, casi celestiales, de la pía mujer que, entre la muchedumbre vociferante y terrible, se presenta serena ante el Señor, y, mientras Simón de Cirene trata con los verdugos de Cristo el llevar a este en ayuda la cruz, limpia el divino rostro sanguinolento con el paño blanco de tres dobleces... En la de Simón de Cirene representase la nobleza e hidalguía de sentimientos de este hombre de la Libia. Atenazado su corazón por lo que ven sus ojos, se presta gozoso a cargar con la cruz.



José Raúl Pérez Martín



Pedro J. Muñoz Rojo

Hay en esto una cuestión en la que los padres de la Iglesia discrepan. Simón de Cirene, ¿cargó por entero con la cruz hasta el Gólgota a instancia de los judíos, que veían morir en el camino a Jesucristo, o solamente ayudó al Salvador tomando el extremo de la cruz? El evangelista San Lucas dice: “Le cargaron la cruz para que la llevara en *pos* de Jesús”, y los comentaristas se dividen en torno de las dos suposiciones anteriores. San Agustín acepta la primera. San Ambrosio, la segunda.

He aquí ahora estas otras dos figuras que integran otros pasos: los ladrones en espera de su crucifixión y ya crucificados. Reparat en el cinismo que sale a la cara insolente del mal ladrón y en el plante reator y perdonavidas que tiene, y eso que está esperando de un momento a otro ser clavado en su cruz.

Examinemos los ladrones crucificados. Sin duda que Hernández en estos desnudos, por ser personajes humanos, acopió todas las sugerencias y posibilidades de su arte al modelar la carne, acumulando

en ellos el expresionismo, a toda libertad, de su gubia, gozosa acaso de aprovechar el tema, por excepción, para emplearse a raudales...

Tócale el turno en el desfile al sayón. Este es el sayón de la cuerda. De intento le escogí. Además de ser de los mejores de la serie que pululan en los sagrados pasos, el un tipo representativo de la raza.

Sabido es que los sayones del Museo de Valladolid no son, en su mayoría, de Hernández, y algunos ni siquiera de su taller. En esto, para caminar seguros, hay que dar del artista los que por viejas relaciones y otros testimonios de las antiguas Cofradías de la ciudad se hayan documentados, que son los menos. De todas suertes, “estas figuras extrañas, libremente talladas, vigorosas constituyen –en frase de Dieulafoy– la más bella colección de rufianes, ayudantes de verdugo y malhechores que se puede soñar”...

Los cinceles de Juni –el solo iniciado lector lo advertirá de seguida– crearon estas otras figuras de Pasión complementarias y episódicas. No se modelaron para



Chema Concellón

“paso procesional”, mas pareceme oportuno traerlas a esta página, al lado de las de Hernández, a este segundo plano de personajes que tomaron parte en el sacro drama del Calvario. Son figuras que integran el “entierro de Cristo” del gran imaginero, y que se acusan inmediatamente por su característico movimiento, por sus actitudes, por sus paños y por su misma grandiosidad, siquiera aquí apunte el brote de lo ampuloso.

Estas dos mujeres son María Magdalena y María Salomé, las seguidoras del Maestro para embalsamarle con sus ungüentos y perfumes, y este varón, Nicodemus, el fariseo y maestro de la Sinagoga, que un rayo de luz del cielo ilumina sus ojos y pone paz en su corazón, arrojándose a los pies de Cristo, confesándole como a Dios Hijo y tomando, en unión de

José de Arimatea, su divino cuerpo muerto para llevarle al santo sepulcro.

Desde viejos tiempos ciertos estudiosos y críticos se obstinaron en ver en la cabeza de Nicodemus, de Juni, la representación fidedigna de una persona viviente coetánea del escultor, y algunos, por figurarse que el imaginero debía ser así, opinaron que era él mismo. Bien puede ser. Pero la hipótesis flotará siempre. En el testamento de Juan de Juni, otorgado en Valladolid el 8 de abril de 1577, se lee esta cláusula: “Item mando al dicho Isaac de Juni, mi hijo, un retrato de mi persona, que está encima de la puerta del taller de mi casa, para que sea suyo propio libremente”.

Sólo ese retrato, de conservarse, hubiera despejado la incógnita. ■



SEMANA SANTA DE VALLADOLID

CARDENAL D. RICARDO BLÁZQUEZ PÉREZ
Arzobispo Metropolitano de Valladolid



Mi aportación desea ser como una mirada al monumento magnífico y vivo de la Semana Santa de Valladolid desde diversas perspectivas, apoyándome sobre todo en mi experiencia personal acumulada en los once años de mi ministerio pastoral como Arzobispo de Valladolid; y antes había recibido numerosas informaciones que han sido avaladas con creces, con la participación personal y ministerial en la Semana Santa a lo largo de los años transcurridos en Valladolid con una historia memorable y con un presente abierto esperanzadamente al futuro. Siempre he vivido con honda admiración en sus momentos estelares la Semana Santa en esta ciudad.

1. LITURGIA Y PIEDAD POPULAR UNIDAS

He conocido personalmente la Semana Santa de Valladolid, cuando ya estaba consolidada la armonía, como en otras ciudades de España, entre las celebraciones litúrgicas en las iglesias y las manifestaciones de la piedad popular que tienen lugar sobre todo en las calles y las plazas. Siendo yo seminarista en Ávila, mi diócesis de origen, recuerdo que costó algún tiempo alcanzar la relación mutuamente enriquecedora entre la liturgia renovada por el Concilio Vaticano II y las procesiones animadas, sostenidas y organizadas por las correspondientes cofradías. Se produjo en los primeros años postconciliares un desajuste a veces chirriante entre liturgia y piedad, también en lo referido a los horarios. De Ávila, donde recibí la ordenación presbiteral el año 1967, recuerdo particularmente el Vía-crucis del Viernes Santo a las cinco de la mañana alrededor de las murallas, en que participábamos más de cinco mil personas cuando la ciudad no pasaba de treinta mil habitantes. Año tras año se congrega una multitud para participar en el mismo Vía-crucis. Tengo también grabada en la memoria del corazón la procesión del Santo Entierro el mismo Viernes Santo, que comenzaba ya anochecido y de vez en cuando la luna llena (del mes llamado "nisán" por los judíos) y de

nuestra Pascua aparecía entre las almenas de la muralla. Guardo estas imágenes impactantes que en lugar de amortiguarse se intensifican con el paso del tiempo.

Serenada ya aquella estridencia, a veces con polémica incorporada, entre liturgia y piedad, entre la renovación litúrgica conciliar y la tradición religiosa protagonizada sobre todo por las cofradías penitenciales, podemos afirmar que las dos dimensiones de la Semana Santa, la litúrgica y la piadosa, convergen complementariamente en la transmisión de la fe cristiana y la iniciación de los pequeños en la vida de la Iglesia. "Cada porción del Pueblo de Dios, al traducir en su vida el don de Dios según su genio propio, da testimonio de la fe recibida y la enriquece con nuevas expresiones que son elocuentes. Aquí toma importancia la piedad popular verdadera expresión de la acción misionera espontánea del Pueblo de Dios" (*Evangelii gaudium* 122 del Papa Francisco). También la piedad popular puede ser y debe ser evangelizadora. Además, como la fe cristiana está arraigada hondamente en la historia y por ello está vinculada a la memoria de nuestro Señor Jesucristo, nacido y educado en la historia de su pueblo Israel, la narración es en sí misma apta particularmente para la transmisión del Evangelio a través de la fe; la historia de la Pasión del Señor ha encontrado su singular actualización en las imágenes y en las procesiones. La Palabra de Dios se ha hecho imagen; y la fe está también en la mirada.

La piedad popular tiene dos focos principales: Navidad y Semana Santa. Arraiga en las narraciones evangélicas del nacimiento del Señor y de su pasión, muerte y resurrección. La piedad popular pone de relieve la base bíblica para que no se difumine su sentido cristiano. Aunque haya desarrollado aspectos más o menos anecdóticos de la historia evangélica, no ha perdido el contacto con la historia. La insustituible conexión entre narración evangélica y sentimientos de la piedad cristiana halla fácilmente su versión moral en la vida de los cristianos. Hace años, antes de la reforma litúrgica de la Semana Santa, los



sermones de la Pasión ejercían un atractivo particular, pude experimentar siendo niño, los sermones en la iglesia y las procesiones por las calles se complementaban creando un ambiente intensamente religioso y reavivando la fe de los participantes

2. ACTOS MÁS DESTACADOS DE NUESTRA SEMANA SANTA

He escrito "nuestra" ya que mi relación con Valladolid no es solo de obispo, a quien el Papa encomendó este servicio pastoral hace doce años, que yo he procurado cumplir con solicitud apostólica, sino también en fraternidad con los vallisoletanos en virtud del nombramiento de "Hijo Predilecto" del día 11 del pasado mes de enero. Por esto, es "nuestra Semana Santa".

De la Semana Santa de Valladolid quiero subrayar algunas manifestaciones que me han impresionado siempre, ya que al contemplarlas año tras año no se desgastan, más bien se reavivan y vigorizan. Son las siguientes: Procesión del Domingo de Ramos. Sermón de las Siete palabras y Procesión general del Viernes Santo.

La procesión del Domingo de Ramos es la más antigua en la historia de la Iglesia. En el *Itinerario de la Virgen Egeria* (Ma-

drid 1980, pp. 130 y 283) se describe como era la procesión en el siglo IV siguiendo el recorrido evangélico. Se recuerda la entrada de Jesús en Jerusalén y aparecen diversos rasgos del Evangelio como la borriquilla, las palmas o ramos de olivo, los niños y el cántico saludando al que viene en el nombre del Señor. Es una escenificación del relato bíblico. La piedad popular reproduce los acontecimientos con sus detalles; recordemos también en este contexto el ejercicio del Vía-crucis. La Iglesia universal celebra sobre todo de otra manera en el Viernes Santo la Pasión del Señor. La Liturgia es "memorial" de los acontecimientos de la vida, muerte y resurrección del Señor como "misterios" por la actualización del Espíritu Santo (San León Magno). A través de dos maneras complementarias recordamos a nuestro Señor Jesucristo, a saber, por la participación litúrgica y por la piedad popular. Ambas ejercitan y expresan la fe de los cristianos; la acción litúrgica es actualización del misterio de la fe; los ejercicios de piedad, en cambio, son imitación y dramatización de lo narrado en las fuentes cristianas.

La procesión del *Domingo de Ramos* o de la Borriquilla es muy bella. Cientos





Chema Concellón

de niños, a veces incluso vestidos de cofrades ya que son inscritos frecuentemente en la cofradía de sus mayores cuando son bautizados, acompañados de sus papás y abuelos, unos participando desde las aceras y otros "procesionando", ofrecen una imagen luminosa y llena de gozo festivo. La perspectiva desde el balcón de la iglesia de la Vera Cruz que se extiende a la calle Platerías y calles adyacentes es sorprendente e inolvidable. Se termina la calle ampliada hasta la plaza del Ocho y hacia la Plaza Mayor y no ha abarcado la contemplación toda la multitud de participantes. Todos aguardan unas palabras conclusivas del Arzobispo y esperan la bendición final, blandiendo algunos las palmas y otros cantando. Yo no he tomado parte en otras procesiones del Domingo de Ramos que me hayan llegado tanto al alma como las que he vivido en sintonía con la multitud de niños y adultos en la ciudad de Valladolid.

El llamado *Sermón de las Siete Palabras*, que tiene lugar en la Plaza Mayor a las doce, pronunciado desde un púlpito levantado para esta ocasión y seguido por cientos de personas sentadas en las tribunas, en sillas o de pie es un espectá-

culo en el más noble sentido de la palabra que produce asombro. Varias imágenes colocadas al lado del púlpito y mirando a la plaza enaltecen la predicación y la escucha. No es extraño que quienes han participado un año, deseen estar presentes en años sucesivos. El Sermón de las Siete Palabras, que nuestro Señor pronunció desde la Cruz, viene anunciado a primera hora de la mañana por un pregonero montado a caballo y acompañado por muchos, en diversos lugares de la ciudad para invitar al sermón. El pergamino en que está escrito el anuncio de cada año se conserva con cuidadoso esmero.

La llamada *Procesión General del Viernes Santo*, que transcurre desde el comienzo de la noche y continúa varias horas es sublime. Circulan por las calles más de treinta "pasos", unas veces son imágenes individuales y otras, grupos escultóricos, a cual más bellas e impresionantes. Las imágenes son casi todas desnudas, sin ropajes. Cada "paso" va acompañado de los correspondientes cofrades. Desde que aparecen en la marcha procesional hasta que pasan delante de los espectadores y desaparecen para ceder el lugar a otros, son contemplados por la multitud con res-



José Raúl Pérez Martín

peto, piedad y estupor. El acompasado ritmo procesional y la música son también elocuentes e insustituibles. Como representación y eco de las siete palabras pronunciadas por el Señor moribundo desde la cruz, desfilan siete imágenes de Jesús crucificado bellísimas e impresionantes. Resulta imposible elegir entre ellas a una en particular. Es una vivencia que se graba hondamente. Yo descubrí particularmente la imagen del “Ecce homo” de Gregorio Fernández contemplándolo desde la tribuna colocada delante del edificio consistorial. ¡Qué rostros, qué miradas, qué elocuencia! Ante estas imágenes no cuesta creer, como se ha dicho, que esculpían algunos artistas el rostro del Señor rezando. Realmente sólo inspiran las imágenes inspiradas; cuando la mirada del imaginero está iluminada por la fe fácilmente se contempla con fe la imagen esculpida.

3. UN RÍO CAUDALOSO CON MUCHOS AFLUENTES

En la Semana Santa de Valladolid son inseparables varias dimensiones: La fe y la piedad cristianas, el arte y la cultura, la

religiosidad y la idiosincrasia del pueblo, el ritmo procesional y la música, la actitud de los cofrades y la atención de los espectadores. Los miles de personas que a lo largo del recorrido contemplan las imágenes con respeto y silencio, con la mirada fija desde que se divisa un “paso” hasta que se aleja. Son diversas perspectivas que inseparablemente constituyen un acontecimiento cultural y espiritual lleno de asombro. En la Semana Santa de Valladolid se muestra también la manera de ser del hombre de Castilla, que acoge con respeto a Dios y se abre solidariamente a los hermanos, y ambas actitudes son reforzadas por lo contemplado, escuchado y vivido. Año tras año, de generación en generación, va arraigando y madurando la Semana Santa en el alma de las personas. Los adultos transmiten fielmente y los jóvenes reciben dócilmente un tesoro que los anima y con razón los enorgullece. La Semana Santa de Valladolid está viva; aunque hay imágenes que salen de los museos para la procesión, no son piezas de un museo frío e inerte.

El escritor Miguel Delibes, nacido en Valladolid y vallisoletano de toda la vida, escribió que la procesión de Valladolid “va por dentro”. Respetando otras maneras de “procesionar”, en Valladolid una “saeta”, por ejemplo, no tiene lugar. Las palabras de Delibes significan interioridad en forma de silencio, oración, reflexión, contemplación. El silencio es acompañante de la Semana Santa de Valladolid en sus expresiones más características. Los rostros de los espectadores quedan como imantados por el rostro de las imágenes, portados sacrificadamente por los cofrades. Sin los cofrades la Semana Santa de Valladolid, en cuanto excelente manifestación de piedad popular, sería muy distinta. Por ello, se les debe gratitud y ánimo para que vayan tomando el relevo los jóvenes, que efectivamente acontece; cada cofradía es como una “escuela” en la que aprenden los pequeños hasta los detalles tradicionales y asimilan el espíritu de la piedad. Es con frecuencia herencia familiar viva. Se crea un ambiente social y espiritual entre ellos,



conectando en la misma misión a los jóvenes con sus padres, abuelos y antepasados.

Como se dan cita diversas dimensiones en estas expresiones de la piedad cristiana popular es necesario afirmar que todas son convergentes y que en su relación algunas son como generadoras y otros como derivadas. Yo estoy convencido de que si la fe y la piedad se diluyeran, perdería identidad la Semana Santa de Valladolid, con toda probabilidad se desintegraría y se debilitaría radicalmente su atractivo cultural, humano y personal. Sería la Semana Santa otra cosa, quizá también bella, pero le faltaría el alma y la capacidad para hablar al hombre en su hondura personal. La llamada a la trascendencia se recibe desde el rostro de las imágenes, desde la música inconfundible, desde el recogimiento de los cofrades, desde la actitud de los espectadores que son también protagonistas en las procesiones. Dan que pensar las procesiones a personas superficiales; remueven interiormente a quienes se derraman en la banalidad; a cuantos actualmente padecen el "vértigo de las prisas" sosiegan; ante la saturación de mensajes tan dispares concentran en lo que habla al corazón.

Debo aludir también a que en los días de la Semana Santa más celebrados fuera de los templos la autoridad municipal convierte en "isla peatonal" varias calles del centro de la ciudad. Riadas de per-

sonas y de grupos se mueven por ellas; visitan el "monumento" del Jueves Santo para adorar al Santísimo presente en las iglesias con particular dignidad, sencillez y esmero en la noche en que celebró Jesús la última Cena con sus discípulos haciéndoles partícipes de su Cuerpo entregado y Sangre derramada, y les dio el encargo de hacerlo en conmemoración suya. También contemplan detenidamente las imágenes de las procesiones en sus templos y sedes. En esas horas del Jueves y Viernes Santos presenta la ciudad una holgura en los movimientos de los transeúntes, que agradecen tanto los habitantes habituales como los numerosos visitantes atraídos por la noticia y la experiencia de la Semana Santa.

Termino con una petición y unas palabras de esperanza. ¡No nos quedemos en las manifestaciones, ciertamente dignas, sin considerar el centro emisor! Sin foco de luz no hay irradiaciones. Sin manantial la corriente se secaría; si no cuidamos la fuente dejaría de fluir, sin limpiarla perdería el agua su claridad y transparencia. Con el olvido de la fuente se amortiguaría la tradición recibida de nuestros antepasados, ya que nuestra Semana Santa es mucho más que estética y folclore. La Semana Santa de Valladolid es un acontecimiento tan elocuente en sus diversos lenguajes que nos sentimos dignificados como personas con su celebración. ■

LA SEMANA SANTA EN EL PASADO

D. SATURNINO RIVERA MANESCAU (1893-1957)

Director del Museo Arqueológico de Valladolid ☩





José Raúl Pérez Martín

Poco a poco se han ido esfumando en el tiempo las venerables costumbres de nuestros mayores, y Valladolid, la ciudad históricamente gloriosa, en la que tuvieron fácil albergue y hogareño acomodo todas las grandezas, la que gestó hombres con alma y brazos de titán, la que supo hacerse una Universidad, de general prestigio y albergar y ennoblecer la primera Audiencia del Reino, llegó a su máxima prestancia y poderío en los siglos XVI y XVII.

La Corte, tuvo largo tiempo su residencia en ella, y si perdió la Corte no perdió nunca la cortesanía, en el más amplio sentido de la palabra, y aquí artistas y científicos, juristas y poetas, teólogos y médicos, hallaron amplio campo a sus especulaciones y formaron este espíritu de Valladolid, aristocráticamente ciudadano, en el que la fe, el arte y la ciencia se han armonizado siempre en estrecho abrazo.

Y en el pasado histórico, la fe dió sus modelos al arte, y el arte se puso al servicio de la fe, surgiendo de este feliz consorcio, entre sus varias manifestaciones, la época áurea de nuestras procesiones

de Semana Santa, celebradas por nuestros escritores y no menos elogiadas por los extraños, tales como el portugués Pinheiro da Veiga, y el francés Barthelemy Joly, entre otros.

La escuela vallisoletana de escultura, tuvo en las procesiones, un nuevo punto de partida y una finalidad para sus creaciones. La imagen pasó de su finalidad contemplativa en el altar y en el retablo, a ser fuente viva de piedad en la calle, y junto a la representación de tipo tradicional y clásico en la expresión religiosa, surgió lo episódico y accidental, con vida propia, y lo barroco, que es hiperestesia del sentido realista, se acentúa y fija con caracteres indestructibles ya.

Berruguete, clásico y genial, y Juni, todo violencia realista, preparan el camino, y Gregorio Fernández, barroco y sentimental, imaginero de lo popular, y vértice de lo cotidiano, plasma el sentir de un pueblo austero, que se mueve ya dentro de los cánones expresivos que impuso el Concilio de Trento, al que llevaron el sentir del pueblo español, españoles prelados y teólogos, muy lejos ya de supervi-



vencias medievales, y alejados también de clásicas desviaciones interpretativas.

El arte procesional, se forja aquí, con caracteres imborrables y propios. Otras escuelas arrancan la imagen del altar, y con sus paños suntuarios, sus luces y sus joyas, la sacan a la calle, en brillante desfile de luminarias. Es el altar que ha echado a andar. En Valladolid, no. Se crea una imagería propia de la calle y de la procesión. No es el mismo arte que un día se hace dinámico y deambula por la ciudad. Es un arte nuevo, al que se le une el dinamismo de su finalidad.

Pero veamos cómo se celebraba en Valladolid, en el siglo XVII, la pompa austera de la Semana Santa.

LAS COFRADÍAS

Los principales elementos factores de la austera suntuosidad de la Semana Santa vallisoletana lo fueron, sin duda, las cofradías, que con su espíritu de cohesión democráticamente cristiano, y con sus sacrificios, fueron paulatinamente engrandeciendo los cultos debidos al cruento sacrificio del Hijo de Dios.

Estas cofradías penitenciales eran cinco: la de “La Pasión”, cuyo guión o pendón era de color negro, y estaba domiciliada, primero, en el Convento de la Trinidad Calzada, y luego, en su iglesia propia, que aún hoy se conserva, aunque cerrada, en la calle de su nombre; la de “Las Angustias”, que tenía su pendón de color azul, y se domicilió en la iglesia todavía subsistente; la de la “Cruz”, con pendón verde, establecida en su iglesia, aún hoy abierta al culto, en el tope de las Platerías; la de la “Piedad”, con pendón encarnado, y domiciliada en la iglesia que estaba en la calle de Pedro Barrueco, y luego en la iglesia de San Antón, y la de “Jesús Nazareno”, cuyo pendón era de color morado, y que se domiciliaba en la iglesia, que hoy subsiste, aunque reformada, en la calle de su nombre.

A estas cofradías pertenecían, con igualdad de derechos y deberes y regidas por una regla inviolable, todas las clases sociales de Valladolid, desde el noble más alcornado al más modesto ganapán, y ellos, aparte de otras piadosas obligaciones, eran los organizadores y sostenedores de todo lo necesario a las suntuosas pro-

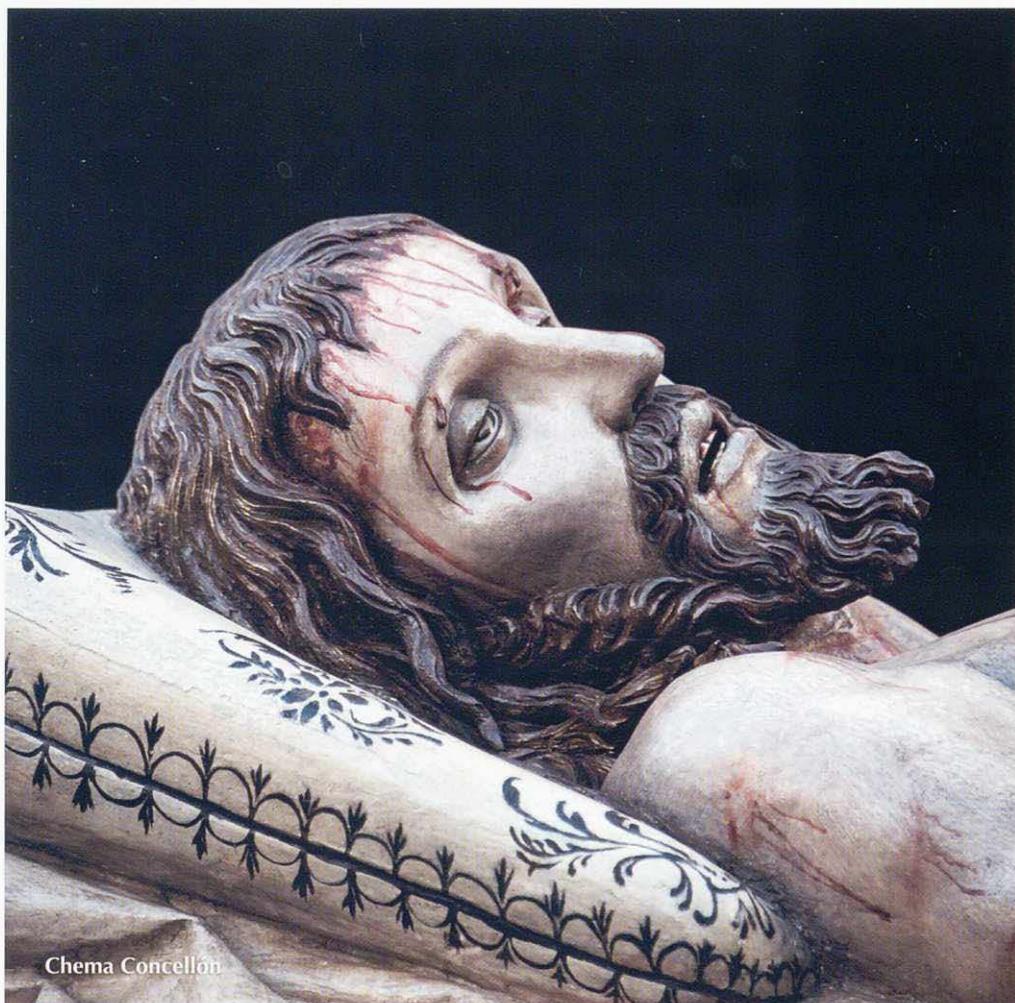
cesiones, ya asistiendo a ellas con el debido traje, ya costeando las luces y los pasos que habían de salir, y sosteniendo el culto en sus iglesias durante todo el año.

Los hermanos de dichas cofradías, asistían a las procesiones vistiendo una larga túnica negra, ceñida a la cintura por un cingulo, y tocaban su cabeza con un capirote puntiagudo y una máscara, excepto la de "Jesús Nazareno", en la que vestían de morado.

Únicamente se hallaban exceptuados, para asistir a la procesión, de vestir la túnica obligada, los estudiantes de la Universidad, o del Colegio Mayor del Cardenal, los que asistían con sus hábitos de manteos y becas, estando sólo obligados a llevar

sobre el pecho el escudo de la cofradía a que pertenecían. Que tal era el prestigio del manto escolar, austero y noble, cual ningún traje, hasta el extremo de no considerar necesario el acrecentar su austeridad con la túnica.

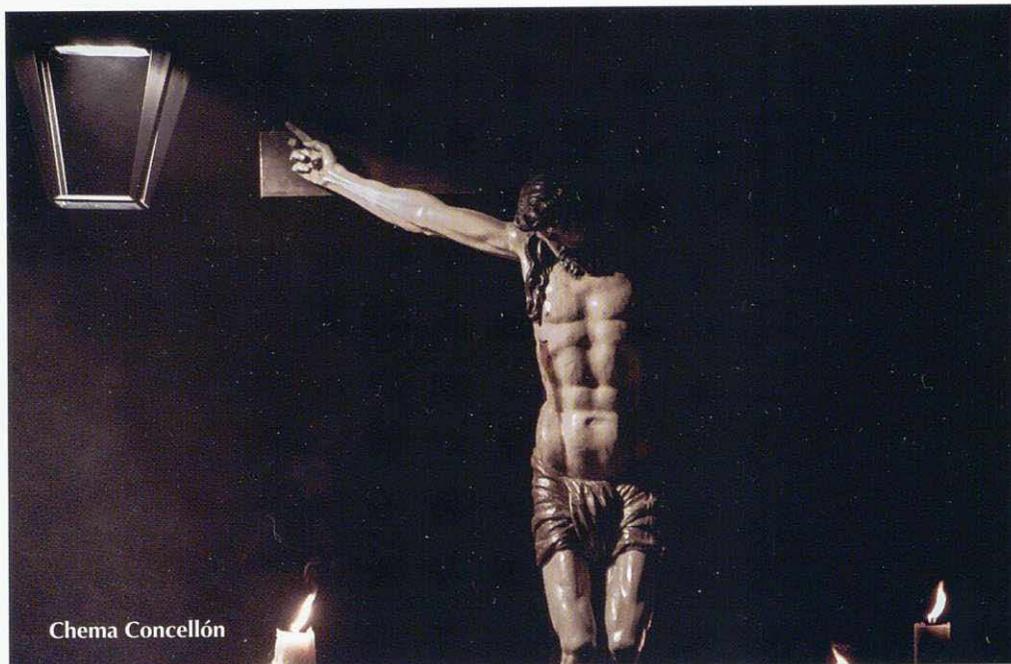
Los hermanos a estas cofradías pertenecientes, eran iguales en todos los tiempos; pero al llegar la época procesional se distribuían en hermanos de luz, que tenían obligación de acompañar los diferentes pasos con un blandón encendido, y en hermanos de disciplina, que eran los que hacían ofertas de disciplinarse, y los que voluntariamente se prestaban para ese efecto. Estos, llevaban descubierta la espalda y se disciplinaban con cuerdas



Chema Concellón



Chema Concellón



Chema Concellón

anudadas, llegando algunos a colocar pequeños abrojos en las cuerdas, a fin de hacer más cruenta la penitencia.

Los días anteriores a la Semana Santa eran de constante actividad para los cofrades, que hacían la distribución de los que habían de acompañar a cada paso, y organizaban la perfecta división de todos los servicios, para mayor lucimiento de la procesión.

EL MONUMENTO

En todas las iglesias se levantaba, como aún continúa haciéndose, un monumento representativo del sepulcro del Señor, el que se construía de bastidores y lienzos pintados, como el que para las Angustias hizo Juan de Juni, o el suntuoso que para el Convento de San Francisco, le fue encargado al pintor Pedro Díaz Minaya, en 1600, el que representaba un edículo gigantesco con capiteles, basas, frisos y molduras doradas, columnas semejando alabastro, y el sepulcro de oro.

En este sepulcro central, guardado por soldados romanos, se depositaba el Santísimo Sacramento, que se sacaba del

viril u ostensorio, ceremonia que se celebraba ante notario, el que levantaba acta, y después de cerrar y lacrar la arquilla en que se depositaba, entregaba la llave en depósito a la persona de más relieve en la parroquia o cofradía, el que la guardaba hasta el día glorioso de la Resurrección, en que volvía a ser colocado en el ostensorio.

LA EXPOSICIÓN DE LOS PASOS

Durante los días de Semana Santa, alguno de los pasos que poseían las cofradías penitenciales eran expuestos en la Plaza Mayor, para admiración y edificación del pueblo, y en un pulpillo que se levantaba inmediato a ellos, algunos oradores sagrados explicaban a la concurrencia las escenas de la Pasión, sobresaliendo en esta labor, y hasta poseyendo ciertos derechos para ella, los frailes del vecino convento de San Francisco.

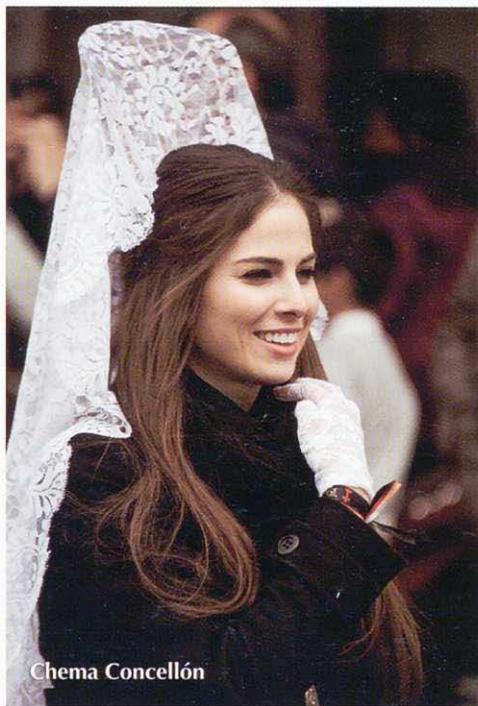
Prohibida luego esta costumbre, los cofrades de las Penitenciales pleitearon por sus derechos, y consiguieron un auto del Concejo para seguir practicándola, siendo suprimida luego por propio acuerdo de las Penitenciales.

LAS PROCESIONES

La primera procesión era la del Domingo de Ramos. Salía de la Iglesia de la Cruz, en la Platería, por la mañana, y con lucido y numeroso acompañamiento de luces y palmas llevaban el paso del Triunfo de Cristo en Jerusalén, vulgarmente llamado de "la borriquilla", al convento de San Francisco, el que se depositaba en el presbiterio durante la celebración del oficio y bendición de los ramos, y terminada la ceremonia se le llevaba en procesión por el claustro, nave de Santa Juana y patio de la iglesia, y luego de entrar de nuevo en ella, le volvía su cofradía procesionalmente a la Iglesia de la Cruz.

El miércoles, por la noche, se verificaba, desde la iglesias penitenciales a los conventos de donde habían de salir los pasos, su traslado, con acompañamiento de luces, que llevaban los hermanos, y no escaso ruido, llevándose en esta forma los de la Pasión, al convento de la Trinidad Calzada; los de la Cruz, al de San Francisco; los de la Piedad, al de la Merced Calzada; los de las Angustias, a San Pablo, y los de Jesús, a San Agustín.

El día de Jueves Santo comenzaban a salir las procesiones.



Chema Concellón

La primera que salía era la de la Pasión, que, como hemos dicho, salía del Convento de la Trinidad Calzada, situado en la calle de la Boariza, hoy Doña María de Molina, y recorría las calles de la Pasión, Plaza Mayor, Lonja, Platerías, Cantarranas



Chema Concellón



Chema Concellón

y pasando por delante de la iglesia Mayor, volvía por la de Orates a la Plaza, entrando en la iglesia penitencial de la Pasión.

Llevaba esta procesión, según nos dice Pinherio da Veiga, un guión delante con dos borlas, que llevaban dos hermanos de la cofradía; seguían después dos trompeteros con las trompetas destempladas, y luego, entre 650 hermanos de luz, con blandones de cuatro pábilos y 1.400 disciplinantes, un cofrade llevaba a cuestas una gigantesca cruz dorada, y detrás iban los pasos de La Oración del Huerto, Prendimiento, Los Azotes, Cristo ayudado por el Cirineo llevando la Cruz, Nuestra Señora con San Juan, la Crucifixión y Nuestra Señora con Cristo en los brazos, y las Marías detrás, cerrando la procesión un corregidor y varios alguaciles.

La segunda procesión del día de Jueves Santo, era organizada por la Penitencial de la Cruz, y saliendo del Convento de San Francisco, en la Plaza Mayor, y dando la vuelta a dicha Plaza, entraba por la calle de la Lonja, Platerías, Damas y Cañuelo; iba por la Iglesia Catedral y por la de Orates, Fuente Dorada y Platerías, entraba en su Iglesia.

Despedía la procesión, a su salida del convento de San Francisco, la comunidad de dicho convento, cantando en el atrio de la iglesia, abriendo la procesión doce franciscanos, a los que seguían la clerecía de la parroquia de Santiago, y luego, entre más de mil hermanos de luz y numerosos disciplinantes, iban los pasos de la Última Cena, la Oración del Huerto, el Prendimiento y el desorejamiento de Malco, la Verónica, la Crucifixión, la Lanza de Longinos, el Descendimiento de la Cruz y Cristo muerto en brazos de la Virgen, cerrando la procesión los Alcaldes de la Sala del crimen de Chancillería.

El Viernes Santo, por la mañana, salía otra del convento de la Merced Calzada, donde hoy se halla el cuartel y la Comandancia de Intendencia, la que era organizada por la Cofradía de la Piedad, en la que se ostentaban también notables y numerosos pasos, y acompañada de 600 antorchas y unos 1.000 disciplinantes, recorría la hoy Plaza del Museo, calle de Librerías, Plaza de Santa María, Cantarranas, Platerías, Lonja, Plaza Mayor y Orates, entrando en su iglesia por la calle de Pedro Barrueco.

En la misma mañana del viernes salía otra del convento de San Agustín (hoy Parque de Intendencia), organizada por la Cofradía de Jesús Nazareno que recorría las calles del rótulo de Cazalla, pasaba por delante de la iglesia vieja de San Miguel, en la Plaza de su nombre, calle de las Damas, Plaza del Almirante, Catedral, Orates y Plaza Mayor, entrando en su iglesia de Jesús en la calle de su nombre.

En ésta se llevaban algunos pasos, entre ellos el Jesús Nazareno, de Hernández, que daba nombre a la Cofradía, y los hermanos vestían túnicas negras y moradas, y llevaban sobre los hombros cruces negras imitando la gloriosa caminata de Jesús al Calvario.

El Viernes Santo por la tarde salía la más importante de las procesiones que se celebraban en Valladolid, la procesión de la Soledad organizada por la Cofradía de las Angustias y en la que se llevaba la prodigiosa imagen que Juan de Juni tallara para ella.

Salía del convento de los Dominicos de San Pablo, y recorriendo la calle hoy de las Angustias, plaza del Almirante y Cañuelo, pasaba por la Catedral, calle de Orates,



Pedro J. Muñoz Rojo

Plaza Mayor, Platerías y Cantarranas, entrando en la iglesia de las Angustias.

Esta era la más solemne de todas, y a más del paso de la Soledad llevaba el llamado "Los durmientes". A dicha cofradía pertenecían las personas más graves y prestigiosas de la ciudad, y, como en las otras, eran muy numerosos los hermanos de luz y de sangre o de disciplina que la acompañaban.

El Sábado Santo los hermanos de la Cofradía de la Caridad, filial de la Pasión, que ayudaban a bien morir a los ajusticiados, recogían, desde el año 1578 en que les fue dada licencia por los Alcaldes del Crimen los huesos de los ajusticiados, que estaban, según práctica penal de la época, en los caminos; y reunidos en ataúdes los colocaban en el Humilladero que la cofradía de la Pasión tenía fuera del Puente Mayor, donde al día siguiente, Domingo de Resurrección, se decían por cuantos sacerdotes concurrían, misas por sus almas, pagando las limosnas debidas dicha cofradía, y luego, a la tarde, colocados los ataúdes en una litera llevada por acémilas enlutadas y acompañados de los cofrades a caballo y numeroso acompañamiento de eclesiásticos y seglares, con hachones, y doce religiosos del Convento de Nuestra Señora de la Victoria, llegaban al convento de San Francisco donde otros doce religiosos, con cruz alzada y ministros, recibían los ataúdes y los encerraban en la sepultura que para dicho efecto tenían en el patio segundo de dicho convento, en cuyo altar se decían al día siguiente misas, encargadas por personas caritativas, diciendo luego los franciscanos la misa mayor.

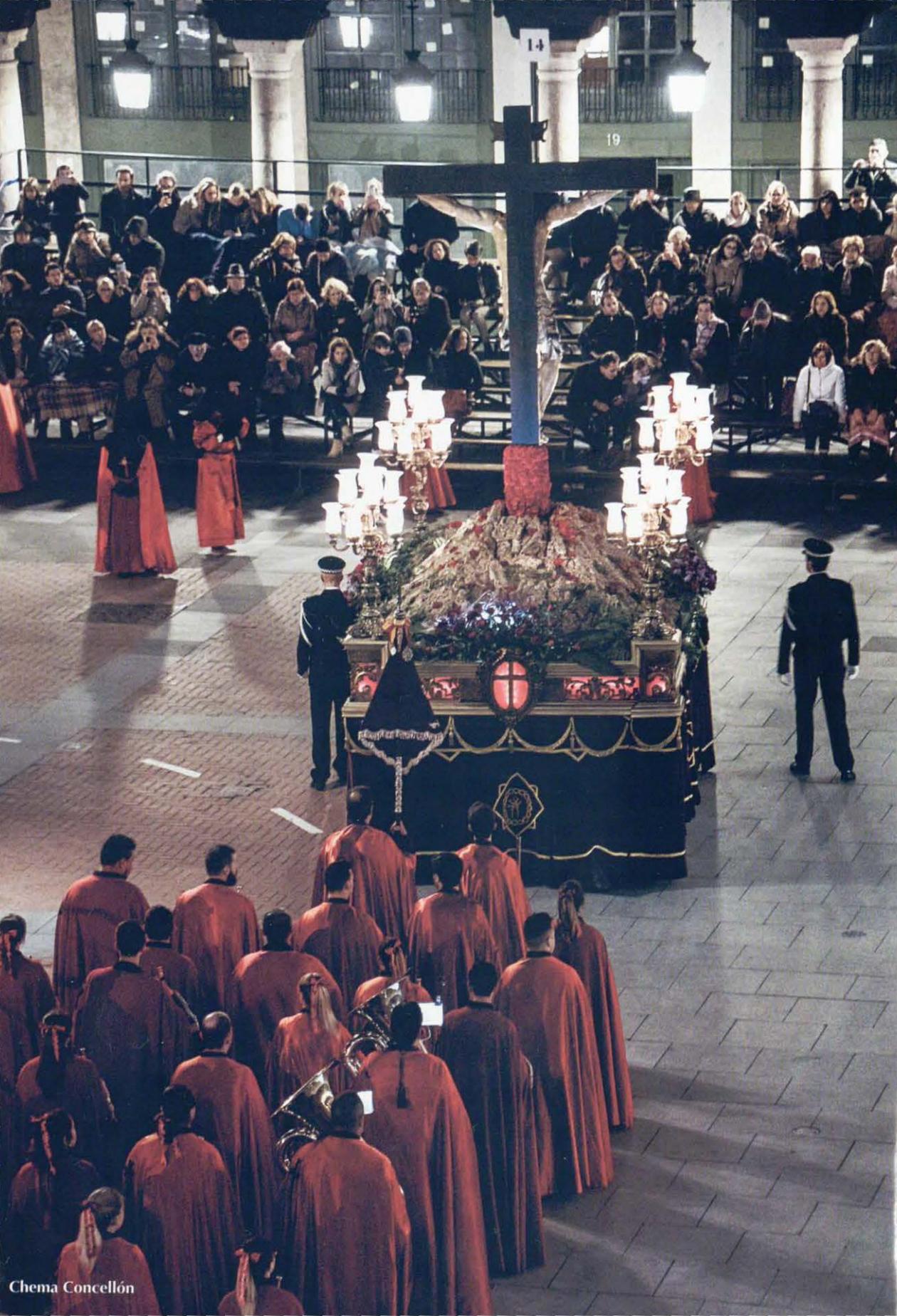
Así era la Semana Santa en Valladolid en los viejos tiempos; el pueblo vallisoletano y numerosas gentes de las villas aldeanas, y aun de luengas tierras, venían a presenciar sus solemnes cultos y sus famosas procesiones, en que no se sabía que era más de admirar, si el recogimiento o fervor de los cofrades, el suntuoso desfile de las procesiones o el arte prodigioso de los pasos, que se había sublimado hasta lo inconcebible al ponerse al servicio de la fe. ■

OFICIO DE TINIEBLAS MÁS ALLÁ DE LA EXPERIENCIA ESTÉTICA DE LA SEMANA SANTA

DÑA. PAZ ALTÉS MELGAR

Editora del Ayuntamiento de Valladolid





14

19

Comienza el oficio de tinieblas. En el viejo tenebrario, junto al altar, quince velas de cera virgen titilan con energía, y su luz nos indica el camino hacia la dimensión más espiritual de las celebraciones de la Pasión. Tras la proclamación de cada uno de los nueve salmos de maitines y de los cinco salmos de laudes, una de las luminarias se extingue, permitiendo que poco a poco avance la oscuridad que se cernirá sobre el templo para propiciar no el caos sino la introspección, el repliegue de cada uno de los fieles sobre sí mismo, sobre su mismidad, sus miserias, sus incertidumbres, sus fracasos, sus frustraciones, sus sueños. La decimoquinta, la luz postrera, quedará custodiada en los atrases del altar como testigo de la fe y de la esperanza, mientras la comunidad entona los versos del miserere y hasta que el proceso se invierta en la vigilia pascual.

La minoración progresiva de la luz nos impele a dejar atrás el ruido, los sonidos amables del distraimiento, el arrullo de la sociabilidad complaciente, el confort de lo previsible, de lo acostumbrado. Es el magnetismo de la trascendencia que nos reclama y la liturgia del oficio de tinieblas que nos conduce a ese tiempo y a ese lugar en el que podemos beneficiarnos de una regeneración confiable y que sabemos necesaria.

La profundidad de las liturgias de Semana Santa hace de ellas un complemento perfecto y sorprendente para la experiencia estética que proporciona la contemplación de los modismos del dolor, el sacrificio, la injusticia y el tormento de la vida de Cristo, encarnados, de la mano de la prodigiosa imaginería castellana, en los desfiles procesionales de estos días. La incuestionada dimensión estética de la Semana Santa ha resultado ser la excusa perfecta para justificar la vigencia de su celebración pública, con todos los parabienes, sin apenas cuestionamiento y ello a pesar del descreimiento general de nuestros días. La valorización del patrimonio artístico que sirve como



Pedro J. Muñoz Rojo

base a los desfiles procesionales de la Pasión, unida al formato de éstos, perfectamente compatible con los usos de la cultura de masas, constituye un recurso de “interés turístico internacional” que me temo que, hoy por hoy, mueve más montañas que la propia fe.

En cambio, las liturgias propias de este tiempo –los llamados “oficios”–, que tienen lugar de puertas adentro en los templos, son otro cantar y de otra pasta. La evidencia es que su desconocimiento va *in crescendo* y que su lenguaje plástico, su atmósfera y su profunda simbología son, hoy por hoy, los eternos segundos de nuestra Semana Santa; cuando, en realidad, si se participa en ellas en actitud concentrada, sin prejuicios y con los cinco sentidos alerta, uno constata que se trata de “productos espirituales” altamente recomendables por su óptima compatibilidad con las necesidades del alma moderna y experimenta de inmediato sus beneficios.

El planteamiento del año litúrgico católico es muchísimo más moderno y clarificador de lo que pudiera pensarse. Los liturgistas de antaño ya intuyeron que terminaríamos siendo incapaces de dedicar

un tiempo a cuidar nuestra alma; que olvidaríamos con demasiada ligereza lo esencial que resulta dedicarle tiempo a nuestra dimensión espiritual; que despreciaríamos nuestros humores sensibles en beneficio de aptitudes más efectistas y tangibles. Era previsible que terminaríamos pensando que lo tenemos todo bajo control. Pero no, no es así. El alma necesita recargar baterías de forma periódica, cíclica, cada no mucho y continuará necesitándolo por los siglos de los siglos. Necesita ser depositada en una suerte de cámara hiperbárica, protegida del tumulto y la presión exteriores, para regenerarse, para recuperar su tono, su equilibrio y su fortaleza. Y eso lleva un tiempo, necesita un tiempo y unas condiciones, necesita del silencio, del ejercicio contemplativo, de la oración.

Las liturgias de la Semana Santa propician el reencuentro con ese tiempo, con ese paréntesis que nuestra alma reclama para continuar estando a la altura de las circunstancias. Adentrarse en ellas y encontrarles un hueco en la vorágine de nuestras preocupaciones y ocupaciones diarias, presuntamente inaplazables, no es una extravagancia, ni un esnobismo, ni una práctica trasnochada; sino una opción inspirada cuyos beneficios, más allá incluso de la fe, no debieran ser entendidos como algo exclusivo de los creyentes, puesto que el alma tampoco es exclusiva de ellos. ¿O acaso alguien, con fe o sin ella, reconocería no tenerla?

El oficio de tinieblas –los “oficios” en su conjunto– ocupa un lugar esencial en la devoción de los fieles. En principio se trata de un ejercicio de “meditación y contemplación de la Pasión, Muerte y Sepultura del Señor, en espera del anuncio de la Resurrección”; pero en su significado más íntimo y personal, el oficio de tinieblas entronca con la esencia vulnerable y frágil del ser humano, del ser trascendente que todos llevamos bajo la piel, que precisa enfrentarse –en silencio,

en aislamiento y en la penumbra que diluye todo estímulo perturbador– a los interrogantes fundamentales de nuestra condición.

Cuando la ciudad explosiona contagiada por el magnetismo de la parafernalia procesional, con su solemnidad, su aplomo, con su plástica contundente y rotunda, con el ritmo de sus sonidos primarios, imperfectos e inconfundibles salpicados de mundanidad incómoda. Cuando la Semana Santa despliega su cara más amable y políticamente irrenunciable, la más vistosa y aparentemente más conjugable con la cultura del divertimento y la distracción, en esos precisos momentos, la “procesión” –nunca mejor dicho– va afortunadamente por dentro. En sus atrasos, en el interior de los templos, la liturgia investida de tonos violados, negros y blancos, se perpetúa año tras año con una puesta en escena que admite muy diferentes niveles de implicación; y que, ante todo, se ofrece como búnker en el que mantener a salvo nuestra alma maltrecha, sedienta de equilibrio y de paz.

Sea cual sea el punto de partida desde el que, cada año, nos asomamos a las tradiciones heredadas o a la fe profunda que encierran las celebraciones de Semana Santa, el reduccionismo no debiera ser una opción. La redención tiene un sentido universal, hegemónico y definitivo; ya sea como planteamiento racional y teórico, ya como vívida experiencia de fe. Hacer memoria de la Pasión de Cristo, dentro y fuera de los templos, al ritmo de la actividad procesional cofrade y al abrigo de la ancestral liturgia, nos acerca a esa redención, nos sitúa en su radio de acción, recoloca nuestro ser trascendente y dispone nuestro ánimo para recuperar la paz, antes de que nuestra alma, perfectamente “reseteada”, continúe con el plan que el Señor tiene para ella.

Entonces sí, el sentido de la Semana Santa estará completo. ■



Y SONARÁ... ¡EL LLAMADOR!

D. LUIS AMO ESGUEVILLAS

Periodista



El bullicio, la algarabía y el zarrandeo de las palmas es la llamada que desde niños nos cautiva y entusiasma al tiempo que el repique de las campanas en el comienzo de los días santos nos enmudece por una parte y nos incentiva, impresiona y advierte por otra. Sin duda, ésta es la primera llamada, el primer encuentro de los vallisoletanos con su Semana Santa, con nuestra particular Pasión, una circunstancia que amén de los naturales también cautiva a muchos viajeros desde remotos tiempos. Pasión en la calle cuando los días comienzan a alargarse pero Pasión de todos los días. Pasión de Valladolid.

Y a partir de este momento una relación congénita de nuestra propia existencia: ¡Valladolid recibe su llamada! Un año más, pero en esta ocasión tras muchos meses de espera y esperanza, de vivirlo en la iglesia, en casa e incluso a través de los medios de comunicación y redes sociales con paciencia y con prudencia ante la pandemia vivida que esperamos desde ahora sea simplemente una cicatriz más del cincel que marca nuestras vidas. Ya toca.

Este año la primavera es más primavera que nunca: con su silencio y con su bulla. Con su piedad y con sus murmullos. Con su idiosincrasia y con su carácter. Con su recogimiento y su espectacularidad. Porque antigua es la tradición y moderna es la sociedad pero el espíritu cofrade es el mismo. O debería de serlo y, por ende, debemos de salvaguardarlo como tal sin adulterarlo, sin demasiadas concesiones ajenas. Porque nosotros lo heredamos, lo conservamos, pero debemos transmitirlo con reflexión, sensatez, hermandad y especial devoción. La nuestra, la que brota de nuestros corazones. Y por eso debemos salir, llenar las calles y plazas, redescubrir nuestros templos y reencontrarnos con nosotros mismos, acompañar en el camino de la Cruz a María Magdalena, a Simón de Cirene, a Juan, a Nicodemo... Con aquel espíritu aún con el llamador de hoy, ¡debemos salir!

Valladolid

Parece que volvemos a ser la capital del Reino... El llamador anuncia la entrada de Jesús en Valladolid y la calle de la Platería recupera sus momentos y sus sonidos de más de cinco siglos de cofradías y procesiones. Recupera emociones, las mismas que se viven al abrirse el portallón de su penitencial y cruzamos miradas y lágrimas con "María de las Angustias"; con el rezo de las XIV Estaciones del Vía Crucis que guían a "Nuestro Padre Jesús Nazareno", que nos coge la mano; con el órgano que encumbra la partida del "Cristo de las Mercedes"; con el tañido de campana del Palacio de Santa Cruz con el que los estudiantes dan conmovedora salida al "Cristo de la Luz"; con las campanillas que recuerdan a la marcha al humilladero en eterna acogida con el "Cristo del Perdón"; con la corneta que pregonna el piadoso ejercicio del Sermón de las Siete Palabras en la Plaza Mayor o con la reunión del gentío en la Catedral o con las carracas con las que la Orden Franciscana Seglar notifica el drama... Ésta es nuestra semana con la que nos confesamos anualmente, la que nos apasiona diariamente y en la que nos encontramos



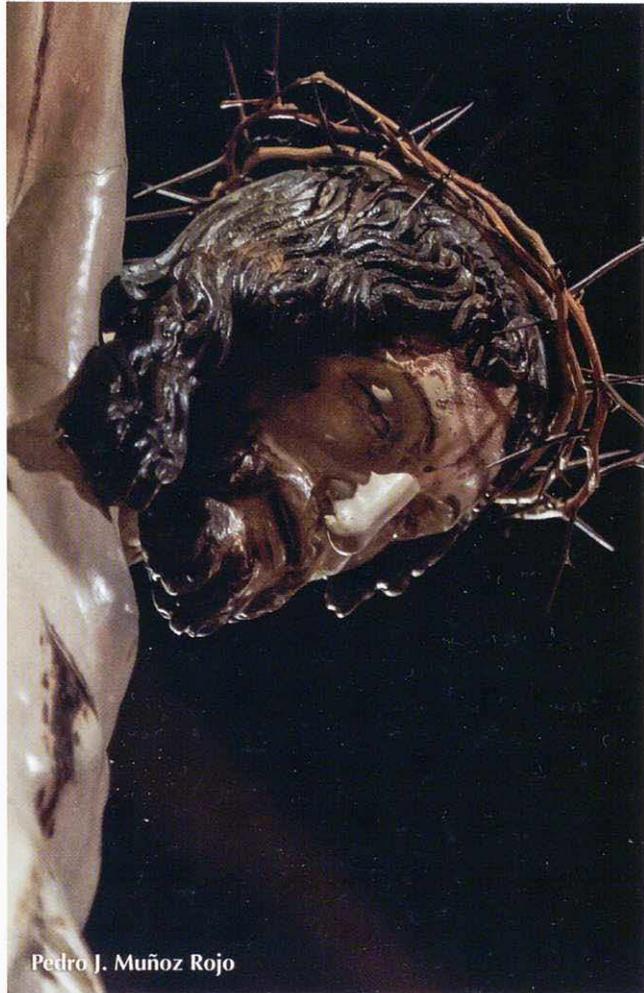
José Raúl Pérez Martín

con los cofrades de aquí que viven allí y que vuelven en este momento del año.

Es la Semana Grande, la Semana de todos, en la que recibimos y en la que llamamos. En la que el mundo cofrade acopia con fines solidarios las 30 monedas de plata -y muchas más- con las que Judas vendió a Jesús; en la que Pedro niega hasta tres veces; en la que visita en procesión a sus enfermos o en la que las fuerzas del orden público escoltan, cuidan y protegen a las imágenes tan veneradas por los vallisoletanos. Es la Semana en la que los sayones juegan a los dados; en la que nos abren las clausuras, en la que el Santísimo nos recibe en sus montajes monumentales en los templos, en la que... La ciudad es feudo de cofrades, soberanía de fe y crónica de esplendor.

Y por Ochavo, Duque de la Victoria, Lecheras, Santiago, Mantería, Labradores o Regalado pasa Jesús, quien nos invita a participar en esta llamada tal como recoge el evangelio de Mateo hasta en tres ocasiones: "Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados. Yo os aliviaré"; "Cargad con mi yugo porque es llevadero y mi carga ligera" y "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis descanso". Tres mensajes que son tres avisos del llamador con los que los mayordomos de paso consiguen que la ciudad cargue, que seamos braceros de nuestra tradición más arraigada.

Y esta Santa Pasión en Valladolid ahora más que nunca debe ser Santa Ilusión: fe por exteriorizar nuestra creencia con tenacidad y firmeza en unos tiempos convulsos, esperanza por volver a las calles



Pedro J. Muñoz Rojo

y por eso esta Santa Pasión debe ser algo así como de santa participación ante la santa llamada y con un santo compromiso. Compromiso de las gentes, de las administraciones, de los medios, de los centros educativos con las nuevas generaciones... Se trata de crear el lazo indisoluble del alma vallisoletano con su Pasión.

Y es aquí cuando vuelve a golpearse el llamador en las mesas procesionales de arte cofrade, suena nuestra piedad auténtica, la aldaba de nuestros templos despereza emociones y las campanas recuperan nuestra narración más reconocida y reconocible. Suenan las tablillas... ¡Empieza la procesión! ■



Chema Concellón

COFRADÍAS Y PASOS

PARTICIPANTES EN LA PROCESIÓN GENERAL DE LA SAGRADA PASIÓN DEL REDENTOR

COFRADÍA PENITENCIAL Y SACRAMENTAL DE LA SAGRADA CENA (1940)

Iglesia Parroquial de San Pedro Apóstol

Paso 1: "JESÚS DE LA ESPERANZA" (Juan Guraya Urrutia, 1946).

Paso 2: "LA SAGRADA CENA" (Juan Guraya Urrutia, 1958).

COFRADÍA PENITENCIAL DE LA ORACIÓN DEL HUERTO Y SAN PASCUAL BAILÓN (1939)

Iglesia Parroquial de San Nicolás de Bari

Paso 3: "LA ORACIÓN DEL HUERTO" (Andrés Solanes, h. 1629).

Paso 4: "PRENDIMIENTO DE JESÚS EN EL HUERTO DE LOS OLIVOS (Miguel Ángel Tapia, 1995-2011).

COFRADÍA DE NUESTRO PADRE JESÚS RESUCITADO, MARÍA SANTÍSIMA DE LA ALEGRÍA Y LAS LÁGRIMAS DE SAN PEDRO (1959)

Iglesia Conventual de Ntra. Sra. de Porta-Coeli

Paso 5: "LAS LÁGRIMAS DE SAN PEDRO" (obra atribuida a Pedro de Ávila, h. 1720).

Valladolid

HERMANDAD PENITENCIAL DE NUESTRO PADRE JESÚS ATADO A LA COLUMNA (1930)

Iglesia Conventual de Santa Isabel de Hungría

Paso 6: "PREPARATIVOS PARA LA FLAGELACIÓN" (José A. Hernández Navarro, 2004).

Paso 7: "EL AZOTAMIENTO DEL SEÑOR" (Escuela Castellana, h. 1650).

Paso 8: "EL SEÑOR ATADO A LA COLUMNA" (Gregorio Fernández, h. 1619).

HERMANDAD DEL SANTO CRISTO DE LOS ARTILLEROS (1944)

Iglesia Penitencial de la Santa Vera-Cruz

Paso 9: "ECCE-HOMO" (Gregorio Fernández, h. 1620).

INSIGNE COFRADÍA PENITENCIAL DE NUESTRO PADRE JESÚS NAZARENO (1596)

Iglesia Penitencial de Nuestro Padre Jesús Nazareno

Paso 10: "NTR. PADRE JESÚS NAZARENO" (Escuela Castellana, último tercio del s. XVII).

REAL COFRADÍA PENITENCIAL DEL SANTÍSIMO CRISTO DESPOJADO, CRISTO CAMINO DEL CALVARIO Y NUESTRA SEÑORA DE LA AMARGURA (1943)

Iglesia Parroquial de San Andrés Apóstol

Paso 11: "CAMINO DEL CALVARIO" (Gregorio Fernández, 1614, la Imagen de Cristo, atribuida a Pedro de la Cuadra, h. 1600-1620).

Paso 12: "PREPARATIVOS PARA CRUCIFICIÓN" (Juan de Ávila, 1679).

Paso 13: "SANTÍSIMO CRISTO DESPOJADO" (José Antonio Hernández Navarro, 1993).

COFRADÍA PENITENCIAL DE LA SAGRADA PASIÓN DE CRISTO (1531)

Iglesia del Real Monasterio de San Quirce y Santa Julita

Paso 14: "SANTÍSIMO CRISTO DEL PERDÓN" (Bernardo del Rincón, 1656).

COFRADÍA DE LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ Y NTRA. SRA. DE LOS DOLORES (1944)

Iglesia Parroquial de Nuestra Señora del Carmen (Delicias)

Paso 15: "LA ELEVACIÓN DE LA CRUZ" (Francisco del Rincón, 1604).

COFRADÍA DE LAS SIETE PALABRAS (1929)*Iglesia Parroquial de Santiago Apóstol*

Paso 16: "PADRE, PERDÓNALES PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN (la figura de Cristo es obra de Gregorio Fernández, h. 1610 - Iglesia Parroquial de Laguna de Duero. Los sayones taller de Gregorio Fernández, s. XVII).

Paso 17: "HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO" (Francisco de Rincón, h. 1606).

Paso 18: "MADRE, AHÍ TIENES A TU HIJO" (Cristo del Amparo, Gregorio Fernández, h. 1621; Virgen y San Juan, Gregorio Fernández, h. 1607).

Paso 19: "DIOS MÍO, DIOS MÍO, POR QUÉ ME HAS ABANDONADO" (anónimo, segundo cuarto del s. XVI).

Paso 20: "SED TENGO" (Gregorio Fernández, 1612-1616).

Paso 21: "TODO ESTÁ CONSUMADO" (Cristo, anónimo del s. XVII; la Virgen, San Juan, y María Magdalena, de seguidores de Gregorio Fernández, h. 1650).

Paso 22: "EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU" (Cristo, de Pompeyo Leoni; los dos ladrones son copia de los de Gregorio Fernández, conservados en el Museo Nacional de Escultura).

HERMANDAD UNIVERSITARIA DEL SANTÍSIMO CRISTO DE LA LUZ (1941)*Capilla del Colegio Mayor Santa Cruz*

Paso 23: "SANTÍSIMO CRISTO DE LA LUZ" (Gregorio Fernández, h. 1630).

REAL Y VENERABLE COFRADÍA DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO (1929)*Iglesia Parroquial de Santa María de la Antigua*

Paso 24: "SANTÍSIMO CRISTO DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE" (Lázaro Gumiel, 1953).

HERMANDAD DEL SANTÍSIMO CRISTO DE MEDINACELLI, NTRA. SRA. DE LA DIVINA MISERICORDIA Y DISCÍPULO AMADO (2011)*Iglesia Parroquial de San Martín*

Paso 25: "SAN JUAN EVANGELISTA" (atribuido a Pedro de Ávila, primer tercio del s. XVIII).

COFRADÍA EL DESCENDIMIENTO Y SANTO CRISTO DE LA BUENA MUERTE (1939)*Iglesia Parroquial de San Miguel y San Julián*

Paso 26: "EL DESCENDIMIENTO" (Gregorio Fernández, 1623; la figura de la Virgen fue realizada en 1757).

COFRADÍA PENITENCIAL DE LA SANTA VERA CRUZ (1498)*Iglesia Penitencial de la Santa Vera-Cruz*

Paso 27: "NUESTRA SEÑORA DE LA VERA CRUZ" (Gregorio Fernández, 1623).

MUY ILUSTRE COFRADÍA PENITENCIAL DE NUESTRA SEÑORA DE LA PIEDAD (1504)*Iglesia Parroquial de San Martín*

Paso 28: "CRISTO DE LA CRUZ A MARÍA" (Escuela de Gregorio Fernández, h. 1642; el cuerpo de José de Arimatea es obra de José Antonio Saavedra, 1995).

Paso 29: "LA QUINTA ANGUSTIA" (Gregorio Fernández, h. 1625).

COFRADÍA DE LA ORDEN FRANCISCANA SEGLAR V.O.T. (FINALES DEL SIGLO XV)*Iglesia Parroquial de la Inmaculada Concepción*

Paso 30: "LA SANTA CRUZ DESNUDA" (Francisco Fernández León, 1993).

COFRADÍA DEL SANTO ENTIERRO (1930)*Real Monasterio de San Joaquín y Santa Ana*

Paso 31: "CRISTO YACENTE" (Gregorio Fernández, obra de taller, 1631-1636).

COFRADÍA DEL SANTO SEPULCRO Y DEL SANTÍSIMO CRISTO DEL CONSUELO (1945)*Iglesia Conventual de San Benito el Real*

Paso 32: "SANTO SEPULCRO" (Alonso y José de Rozas; durmientes y ángeles, último cuarto del s. XVII; Yacente y Urna, anónimo h. 1630).

ILUSTRE COFRADÍA PENITENCIAL DE NTRA. SRA. DE LAS ANGUSTIAS (1536)*Iglesia Penitencial de Nuestra Señora de las Angustias*

Paso 33: "NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS" (Juan de Juni, posterior a 1561).

COLABORACIONES:

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID

EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE VALLADOLID

JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN

MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTE

MUSEO NACIONAL DE ESCULTURA

ASOCIACIÓN HOTELES DE VALLADOLID

SOCIOS PROTECTORES

REVISTA OFICIAL DE LA JUNTA DE COFRADÍAS
DE SEMANA SANTA DE VALLADOLID



Edita: Ayuntamiento de Valladolid
(Junta de Cofradías de Semana Santa)

© De la edición: Junta de Cofradías de Semana Santa

© De las fotografías: sus autores

Fotografía portada: Pedro J. Muñoz Rojo

Fotografía contraportada: Chema Concellón

**Fotografías interior: Chema Concellón, Pedro J. Muñoz Rojo y
José Raúl Martín Pérez**

Maquetación y diseño: Imprenta Municipal

D.L.: VA 96/2016

Printed in Spain. Impreso en España

Imprime: Imprenta Municipal

SEMANA SANTA

Valladolid

Declarada de
interés turístico
internacional
desde 1980



Ayuntamiento de
Valladolid



VALLADOLID
ciudad amiga

JUNTA
DE
COFRADÍAS
DE SEMANA SANTA
VALLADOLID